

LEX CROUCHER

GWEN Y

ART

«Maravillosa y divertida.
¡Me ha encantado!»
Alice Oseman,
autora de *Heartstopper*

NO ESTÁN
ENAMORADOS



Besties

BOOKS

Lex Croucher

GWEN Y **A**RT
NO ESTÁN
ENAMORADOS

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Besties
BOOKS

Título original: *Gwen and Art Are Not in Love*

© Lex Croucher, 2023

© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

© del mapa y de los números de capítulo del interior, Thy Bui, 2023

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-270-5177-5

Depósito legal: B. 13.456-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Al despertar, Gwen supo que había vuelto a tener aquel sueño... y que había vuelto a vocear dormida. Sabía que había soñado eso porque se sentía eufórica, le flojeaban las piernas y estaba algo sofocada; sabía que había voceado porque Agnes, la dama de compañía de pelo oscuro que dormía en la alcoba contigua, no paraba de morderse el labio para contener la risa y no se atrevía a mirarla a los ojos.

—Agnes —dijo Gwen, sentándose en la cama y lanzándole una mirada muy ensayada y un tanto arrogante—, ¿no tienes que ir a por agua o algo de eso?

—Sí, alteza —contestó la otra con una pequeña reverencia, y abandonó aprisa la estancia.

Gwen suspiró y alzó la vista a las cortinas del dosel, de opulento terciopelo con bordados. Quizá había sido un error despacharla tan rápido: era joven y frívola, y a buen seguro se lo contaría a la primera que se encontrara. Al menos las hazañas nocturnas de Gwen no serían la comidilla de todos mucho tiempo. Aquel no era un día cualquiera: por fin había llegado la temporada de torneos. Con tanta excitación, lo que su dama de compañía hubiera podido cuchichear con otras se habría olvidado a mediodía.

Cuando Agnes regresó con una jarra de agua, Gwen bajó de la cama, levantó los brazos por encima de la cabeza para que le quitara la camisola fina con la que dormía y luego empezó a bostezar y a parpadear a la luz de primera hora de la mañana mientras la aseaban y la embadurnaban en aceites hasta el agotamiento. Justo iba a ponerle una túnica limpia cuando se abrió un poquitín la puerta y entró un joven alto y pálido de pelo cobrizo con la cabeza enterrada en una pila de pergaminos.

—¿Has visto esto? —preguntó sin levantar los ojos de la página.

—Eeh..., Gabriel —dijo Gwen, mirándolo incrédula—, que me están vistiendo.

—Ah, ¿sí? —Gabriel alzó la vista y la observó un instante, extrañado, como si ella se acabara de desnudar solo para incomodarlo—. Vaya, perdona.

—Los griegos escribieron muchas obras de teatro sobre esto —contestó Gwen mientras Agnes, algo turbada, se acercaba corriendo con un vestido para taparla.

Seguramente su rubor se debía menos a lo indecoroso de la situación que al hecho de que casi todas las mujeres de la corte adoraban en secreto a su hermano. Muchas habían intentado llamar su atención, pero, hasta la fecha, ninguna lo había conseguido. Él no hablaba mucho, salvo con Gwen, algo de lo que ella se había enorgullecido siempre.

—¿Los griegos escribieron muchas obras de teatro sobre vestirse? —preguntó él con el ceño aún fruncido de extrañeza, mientras Agnes le ponía el vestido por la cabeza a Gwen con escasa elegancia.

—No —respondió ella, asomando la cabeza por el escote con media melena en la boca—. No te enteras... ¿Me estás escuchando siquiera? Te has colado en mi alcoba, ¿sabes?

Sin dar muestras de haber oído una palabra, su hermano dio la vuelta al pergamino que estaba leyendo para inspeccionar el otro lado.

—Gabriel. ¡Gabe! ¿No oyes eso? ¿El rumor de una voz espectral en el aire? Casi como si te estuviera hablando...

—Un segundo, G —le pidió él, levantando una mano para indicar que necesitaba un segundo. Gwen se lo pensó y decidió que no se lo merecía—. ¡Aaay!

Gwen había cogido una de las zapatillas de brocado que Agnes le había ofrecido y se la había tirado a Gabriel con todas sus fuerzas.

—Cuéntame rapidito lo que sea que tengas que decirme, por favor.

—Vale, vale —contestó Gabriel sin dejar de masajearse la cabeza—. Padre me ha pedido que revise las cuentas con lord Stafford, sobre todo el coste de la temporada de torneos, pero, además, he visto esto y he pensado... —Le pasó el pergamino a ella para que lo leyera por sí misma.

Agnes empezó a trenzar con pericia la larga melena pelirroja de Gwen mientras ella ojeaba la página en la que se recogía una extensa lista de bienes: baúles repletos de sedas y damasco, una antiquísima vajilla con incrustaciones de piedras preciosas, innumerables jarrones de porcelana..., todo marcado como listo para abandonar las arcas de la Corona en los próximos meses. Lo entendió al llegar al final de la página y ver la parte en la que se mencionaba el inmenso tapiz bíblico de Rut y Noemí que colgaba en sus aposentos.

—Esa es mi dote —dijo despacio—. Gabe... ¡Mi dote!

—Supongo que ya ha llegado ese momento —respondió él con un gesto compasivo.

—Joder —espetó Gwen, sentándose a plomo en el borde de la cama.

—Joder —coincidió Gabriel.

Estar prometida desde el nacimiento tendría que haber sido un consuelo para Gwen, sobre todo siendo con al-

guien casi de su edad. Significaba que no habría sorpresas desagradables, ninguna nueva alianza política que forjar mediante el matrimonio con algún noble añoso y cascarrabias. Más valía lo malo conocido y todo eso.

Por desgracia, el hombre con el que había jurado casarse representaba precisamente eso: lo malo. Arthur Delacey, heredero del título de lord de Maidvale, era, a juicio de Gwen, la personificación del mal.

Se habían conocido el día en que ella había nacido, cuando no era más que una renacuaja, y ya la habían prometido a él, que tenía dos años y había entrado de mala gana en Camelot junto con sus padres y cientos de familias más en busca del favor de la Corona. Imaginaba la carita de indignación de Arthur, contemplándola ceñudo en su cunita, decepcionado ya. A menudo se preguntaba si sus padres se lo habían tomado tan en serio que habían querido llamarla Ginebra para que hicieran buena pareja, pero al final se habían achantado y habían optado por Gwendoline; si el incómodo legado de amoríos extramatrimoniales de la primera con caballeros revoltosos les habría parado los pies.

Su primer recuerdo era de Gabriel dándole un pastelito de miel, fragante y caliente, birlado de las cocinas antes de la cena para calmarla de una rabieta. Su segundo recuerdo era de Arthur arrebatárselo. Habían pasado dieciséis años y aún le guardaba rencor por aquello.

Entre otras cosas.

Le había tirado del pelo en misa. Se había reído de ella sin piedad en los banquetes. Le había puesto la zancadilla en el patio delante de hasta el más insignificante de los señores y las damas del reino, y luego había pasado por encima de ella, pavoneándose, mientras Gwen yacía despatarrada en el adoquinado con la rodilla despellejada. Los albores del verano traían consigo la proximidad de una visita de Arthur, y Gwen había empezado a temer las mañanas luminosas y los espinos en flor. En su noveno cumpleaños, quiso

adelantársele tendiéndole una trampa a la puerta de su alcoba, solicitando la ayuda de Gabriel para colocar entre los dos un cordel fino frente al umbral. Arthur tropezó aparatosamente con el cordel y se rompió la muñeca por dos sitios. Una semana más tarde, los guardias lo apresaron cuando intentaba meterle a Gwen por la ventana de su alcoba un gato callejero.

Ese mismo año, en septiembre, la reina sugirió que quizá fuera preferible mantenerlos separados por un tiempo. Al saberlo, Gwen se puso tan contenta que fue todo el día dando brincos de alegría por el castillo, animada por la perspectiva de unos veranos sin Arthur. Su júbilo cesó con brusquedad esa misma noche cuando oyó a su padre referirse a Arthur como «tu prometido».

—Gabe —le dijo a su hermano, al que encontró en su rincón favorito de la biblioteca—. ¿Qué significa «prometido»?

—Es la persona con la que te vas a casar —contestó Gabriel, levantando la vista de su libro.

—Me lo temía —dijo ella con tristeza—. ¿Quién es tu prometida?

—No tengo.

—Eso no es justo.

—No —suspiró Gabriel—. Supongo que no.

Los desayunos familiares, que en su día habían sido una constante en la vida de Gwen, eran cada vez menos frecuentes en los últimos años. El equilibrio logrado con mucho esmero entre trabajo y vida privada que había permitido al rey hablar tranquilamente de economía con su hijo o jugar una partida trepidante de ajedrez con su hija se había desintegrado con el incremento de las tensiones por todo el reino. Los reyes tenían de pronto agendas de trabajo, desde el amanecer hasta la cena, repletas de reuniones del consejo, audiencias públicas y conferencias con enviados

diplomáticos que se alargaban hasta la noche. Gwen y Gabriel se habían adaptado: solían desayunar solos en el balcón cubierto, un remanso de paz en el ajetreado castillo.

El resto del día de Gwen seguía un horario estricto que ella misma se había impuesto. Después de desayunar, iba a dar su paseo matinal, con Agnes pisándole los talones en silencio. Solía almorzar en sus aposentos y luego leía y ensayaba con el arpa. La última hora de la tarde la dedicaba siempre a sus bordados. Llevaba tres años bordando de forma meticulosa ramilletes de rosas blancas y nomeolvides en una manta enorme, a petición de su madre, que le había dicho no sé qué de los «lechos nupciales» y las «noches de bodas» que Gwen había decidido olvidar de inmediato. Le gustaba bordar, la certeza de la labor, lo relajante de la repetición y de la simetría, y con una aguja en la mano le resultaba fácil serenarse y obviar el supuesto destino de aquella manta. La cena era a veces un asunto de familia que tenía lugar en sus comedores privados, pero, con frecuencia, el rey la obligaba a bajar al gran salón y cenar con centenares de ojos puestos en ella y con la estancia repleta de cortesanos, señores y toda suerte de parásitos.

A Gwen le encantaban aquellas mañanas en las que estaban Gabriel y ella solos en el balcón, bajo un grueso manto de clemátides y madreselva, y ella podía apartar los restos del desayuno y pasarse media hora dándole una paliza al ajedrez antes de continuar con su rutina diaria.

Esa mañana su hermano estaba más torpe de lo habitual: incluso distraída por la conmoción del asunto de su dote, lo había acorralado en solo diez minutos.

—¿Estás jugando mal a propósito porque te doy pena?
—le preguntó al verlo contemplar ceñudo las piezas.

A Gwen le encantaba el ajedrez. Le activaba un músculo escondido, una parte del cerebro adormilada, y la volvía calculadora y despiadada, con lo que su adversario apenas tenía ocasión de disfrutar del juego ni un segundo.

—No todos vivimos para los triunfos y las derrotas, los altibajos épicos de los cuadraditos blancos y negros —contestó Gabriel, haciendo retroceder infructuosamente una torre al mismo sitio que ocupaba dos turnos antes—. Lo siento. El ajedrez se me da así de mal.

—Ni a tu gato se le da así de mal —resopló Gwen—. Y, por cierto, jaque mate.

—Pues enhorabuena: acabas de destrozar la poca autoestima que me quedaba.

—No te hagas la víctima cuando estoy a punto de regodearme de mi victoria. ¡Qué falta de deportividad!

Gabriel se limitó a suspirar, se recostó en la silla y curioseó por encima de las almenas. Gwen le siguió la mirada. La vista desde el ala norte del castillo, que albergaba los aposentos reales, no estaba invadida por el caos de la ciudad; desde allí, Gwen veía el huerto y la halconera y, en los campos del otro lado de la muralla, la parte superior de una gran construcción de madera que había ido aumentando despacio de tamaño durante los últimos meses. Los trabajadores correteaban alrededor como hormiguitas, preparándolo todo para la temporada de torneos que se avecinaba. El cielo era de un azul brumoso y ya hacía bastante calor para ser finales de primavera; las hojas caían a ráfagas de los árboles y se amontonaban en el foso. En otras circunstancias, aquel habría sido un día absolutamente delicioso.

—Igual ahora es mejor —dijo Gabriel al final, sabiendo a la perfección lo que estaba pensando ella sin necesidad de preguntarlo—. Hace mucho que no lo ves.

—Lo vi el año pasado —replicó Gwen—. De lejos. En San Miguel, cuando aquel conde horrible nos hospedó y tú estabas en casa con gripe.

—¿Y...?

—Y me miró con desprecio desde la otra punta del salón y le susurró algo al oído a un paje y empezaron a partirse de risa los dos.

—No sabes si se reían de ti.

—Me señaló. Me miró con una sonrisita de satisfacción. Y se burló.

—¿De qué?

—De mi forma de bailar.

—Aaah... —dijo Gabriel—. Bueno, a ver...

—O me animas o te callas —le soltó ella, derrumbándose sobre la mesa.

—Lo siento —contestó él y, alargando la mano, le hizo una caricia rara en el pelo—. De veras. Sabes que te ayudaría si pudiera.

Gwen lo sabía. Su hermano era un buenazo; él jamás la obligaría a contraer matrimonio por beneficio político, por mucho que lo necesitara. Algún día sería rey y le correspondería a él tomar esas decisiones. Gwen era consciente de que ese era su mayor temor. Hacía tiempo que se murmuraba sin disimulos que era demasiado débil, demasiado delicado, demasiado comedido para gobernar, y su padre procuraba en vano animarlo a que se condujera con más temple y convicción. Gabriel lidiaba con todo aquello refugiándose en sus libros y sus asientos contables siempre que podía, pensando quizá que, si se escondía en los rincones más recónditos y polvorientos del castillo, se olvidarían de él y coronarían a otro en su lugar.

Gwen lo consideraba relativamente improbable.

—¿Cómo lo viste? —preguntó Gabriel, y Gwen tardó un instante en recordar que hablaban de su tema menos favorito.

—Parecía el escudero de Satanás —contestó. Gabriel enarcó una ceja—. ¡Ay, yo qué sé! Estaba... ¿engreído? ¿Desabrido? Se ha dejado el pelo muy largo y no paraba de echárselo hacia atrás para ruborizar a todas las damas.

—¿Con éxito?

—Sabes que sí —contestó Gwen malhumorada—. Ag-

nes me ha insinuado que va dejando un rastro de desolación por toda la campiña.

—La verdad es que yo también lo he oído: que ha ido desflorando doncellas, acabando con las existencias a las tabernas, arrancando árboles de cuajo...

—¿Tú crees que padre se habrá enterado? —dijo Gwen esperanzada.

—Puede que haya oído rumores, pero nada sustancial —respondió Gabriel, recostándose en la silla—. No lo suficiente como para incumplir un trato firmado hace decenios.

Gwen suspiró.

—Gabriel..., ¿cuánto oro tendría que largarte para que me asesinaras?

Su hermano le sonrió con tristeza.

—Perdóname, Gwendoline, no es nada personal, pero no me veo haciéndolo. Aunque mataría dos pájaros de un tiro, ¿no?

Gwen rio sin ganas.

—Yo no contaría con que una nimiedad como el fratricidio fuera a librarte de tus obligaciones reales.

—No —coincidió Gabriel—, pero se lo pensarían dos veces antes de ponerme una espada en la mano, y eso ya sería algo, ¿no te parece?

La puerta del balcón se abrió de forma tan repentina que dieron un respingo los dos. Apareció en el umbral lord Stafford, el pomposísimo administrador de su padre, muy angustiado. Llevaba unas medias de un verde lima tan chillón que Gwen tuvo que parpadear varias veces para recuperar la visión completa.

—Alteza real, la ceremonia —le dijo a Gabriel, desesperado.

—Ay, Dios —soltó el otro, levantándose tan bruscamente que tiró al suelo el tablero de ajedrez—. ¡Lo siento! Se me había olvidado. Voy, voy.

Stafford se hizo a un lado para dejarlo pasar y luego lanzó una mirada asesina a Gwen, que se había arrodillado a recoger las piezas de ajedrez.

—A vos también se os espera.

—Uf, si me lo pides así, ¿cómo voy a negarme? —contestó Gwen, poniéndose en pie con toda la parsimonia.

La temporada de torneos no empezaba en realidad hasta dentro de una semana, pero la ceremonia inaugural reunía a todos los caballeros y las familias nobles mucho antes para que pudieran tomarse la medida, planificar los cortesjos y comenzar a apostar su dinero, su ganado y a sus esposas al resultado de las pruebas. Las enormes gradas situadas al norte del castillo y alrededor de una gran liza que podía configurarse para albergar justas, combates colectivos, combates cuerpo a cuerpo y concursos de tiro, se construían de cero cada año. Una vez más habían sufrido contratiempos en las obras y no estarían terminadas hasta justo antes de la primera prueba, con lo que la ceremonia inaugural debería celebrarse en el patio más grande y más meridional de todo el castillo. A Gwen se la esperaba en el balcón real que daba a aquel patio y que se usaba para discursos, apariciones en público y aquellos saludos de la familia real en pleno tan inexplicablemente populares.

De niña, nunca le había interesado mucho la temporada de torneos. Era feliz con su rutina, le encantaba repetir planes placenteros cada día, y el torneo la perturbaba tantísimo que la tenía enfurruñada todos los veranos, a menudo intentando leer un libro en el regazo mientras los caballeros se peleaban por el favor de su padre a escasa distancia de ella. Sin embargo, en los últimos años, había descubierto ciertos aspectos del torneo dignos de aquella perturbación.

Cuando llegó al balcón, sus padres ya estaban sentados en sus tronos de madera, instalados allí para la ocasión. Gabriel estaba muy tieso e intentando sonreír en la silla de al lado del trono de su padre. Ella se acercó a su madre y se

sentó a su lado, ofreciendo por el camino un saludo medio desganado e informal a las multitudes reunidas a sus pies.

—No sé qué demonios haces con la mano, pero para ya —le dijo su madre entre dientes.

El patio era grande, adoquinado y rectangular, con acceso al gran salón en un extremo y una entrada arqueada a un patio más pequeño al otro lado del cual se encontraban los establos. Al borde del patio se agolpaban los cortesanos, ataviados con sus mejores galas, y a los caballeros se les anunciaba uno por uno, entre vítores y algún que otro abucheo, según cruzaban de forma atropellada el arco con sus familias y sus padrinos.

Aquello no se acababa nunca, y Gwen notó que iba perdiendo interés, que se le marchitaba la postura en aquella silla de respaldo duro.

—Detecto un número inusualmente elevado de cultistas entre los participantes —comentó la reina en voz baja mientras entraba alguien a quien se recibía con un aplauso como mínimo entusiasta.

—Inusual pero bien recibido —replicó el rey, siguiendo con la mirada al último caballero mientras cruzaba con brío el patio a lomos de su corcel—. Le pedí a Stafford que pusiera empeño en reducir la brecha y parece que su esfuerzo ha dado frutos.

—Bueno, tu primo no está aquí —dijo la reina. Se presentó el siguiente combatiente y ella lo escudriñó con los ojos entornados—. Ah, pero veo que ha mandado a su perro.

Gwen vio entrar en el patio, muy serio, al pálido, casi traslúcido, sir Marlin al que solían llamar por lo bajo «la Daga», porque era pequeño, menudo y sanguinario. La relación entre el rey y el padrino y señor de la Daga, lord Willard, era, en el mejor de los casos, algo tensa. Cuando el último rey había muerto sin dejar descendiente directo, se había producido una breve escaramuza por hacerse con el poder en la que había tomado parte Willard, a pesar de

que el trono ya se le había prometido al padre de Gwen. Willard se había visto reforzado por el respaldo de multitud de cultistas artúricos (aquellos que creían sin reservas en la magia del rey Arturo y en sus compinches hechizados, historias que para los buenos cristianos hacía tiempo que no eran más que fábulas y leyendas) y había terminado convirtiéndose en toda una amenaza legítima. La posibilidad de una verdadera batalla había desaparecido de golpe con la oportuna invasión del rey de Noruega, al que se le había antojado Inglaterra también, pero que había salido espantado cuando la mayoría de la nobleza se había unido bajo el mando del padre de Gwen para mantenerlo a raya.

La cosa no daba para grandes reuniones familiares. De hecho, Gwen solo había visto a lord Willard en una ocasión, y no le había gustado un pelo: era altísimo, de cara larga y brusco, y la enorme capa negra que vestía, con diversos emblemas cultistas cosidos por todas partes, le confería el aspecto de un murciélago malhumorado.

Cuando sir Marlin cruzó el patio, se oyó algún aplauso suelto, pero sobre todo bastantes abucheos. A continuación, se anunció la entrada de unos gemelos alegres y corpulentos, sir Beldish y sir Beldish, y luego hubo una pausa antes de la siguiente fanfarria. Gwen percibió el aumento del interés de la multitud y aguzó el oído.

—¡Por el amor de Dios, esa pantomima otra vez no!
—espetó su madre con un suspiro.

Gwen se inclinó hacia delante e hizo un esfuerzo por ver más allá de la muchedumbre que eclipsaba el arco de acceso al patio. Aquella pantomima era el momento culminante de su verano, no, ¡de su vida!, y, la verdad, la única razón por la que le merecía la pena asistir al torneo.

—¡Lady Bridget Leclair, de la casa de los Leclair! —proclamó con cierta reticencia el heraldo, un hombre barbudo llamado sir Blackwood.

Estallaron los abucheos y las carcajadas entre los espectadores, que se empujaban unos a otros para ver mejor. Lady Leclair los ignoró a todos, impassible, mientras su enorme caballo la transportaba al interior del patio bajo un estandarte en el que se había cosido lo que parecía una rueda dorada sobre un fondo granate oscuro. Llevaba el pelo, liso y moreno, cortado toscamente por encima de los hombros anchos y con el flequillo recto; tendría que haberle dado un aspecto ridículo, como de paje ya mayorcito, pero, en cambio, le quedaba perfecto. Aun desde lo alto, Gwen le veía la mirada firme, las pestañas negras en contraste con el tono dorado de su piel. Gracias a su habilidad para husmear, Gwen se había enterado de que lady Leclair era un año mayor que ella y de origen tailandés y que sus ancestros eran naturales del reino de Sukhothai. Gwen le había preguntado a su hermano por aquel lugar con todo el disimulo posible y él había cogido un libro y le había contestado con un discurso detallado y por completo inútil sobre los puertos mercantiles.

Mientras Gwen observaba a lady Leclair, alguien le tiró una moneda a la cabeza. La caballera ni se inmutó; bien asida a las riendas de su corcel, se inclinó hacia delante para tranquilizarlo y le susurró algo al oído. La única caballera del país (del mundo entero, seguramente) y llevaba los gritos, la emoción y el ridículo con el mismo desenfado que si fuera de paseo por el campo.

—No sé por qué tenemos que aguantar este absurdo espectáculo... —empezó a protestar la reina, pero su esposo la interrumpió levantando la mano.

—Tiene derecho a estar aquí, Margaret. Sopórtala un año más y quizá se rinda.

Gwen apenas los oía. El sueño que había tenido esa noche le vino de pronto a la memoria en todo su esplendor. Era el primer día de justas y Gwen estaba sentada en la tribuna real. Sus padres no estaban allí, pero Gabriel sí; su

hermano llevaba un sombrero con una pluma enorme y le recitaba a Chaucer al oído. Era costumbre que los caballeros presentaran sus respetos al rey antes del comienzo de la prueba, acercándose a la tribuna a hacer una reverencia para recibir la aprobación del monarca, y en el sueño lady Leclair se acercaba a Gwen a lomos de un unicornio para obsequiarla con una única y tierna rosa rosada. Cuando ella alargaba la mano para cogerla, Bridget, en cambio, le dedicaba una sonrisa pícaro, le cogía la barbilla con una mano enguantada, acercaba la cara a la suya y la besaba con tal contundencia que Gabriel dejaba de recitarle poesía y, susurrando «¡Caray!», se caía de la silla.

—Alteza —le decía lady Leclair, bajando peligrosamente la voz mientras sus dedos se enredaban en el pelo de Gwen.

—Mi hermosa caballera... —le susurraba Gwen con voz ronca.

Sabía que a menudo hablaba en sueños y, esa mañana, al despertar, tenía la certeza de haberlo vuelto a hacer y de que Agnes la había oído. Quizá repetidas veces. Confiaba en que aquello fuera lo único que había dicho.

Gwen ni siquiera se dio cuenta de que se había levantado de la silla y que se agarraba con fuerza a la barandilla sin perder ripio de la aproximación de lady Leclair, hasta que su madre carraspeó de forma intencionada. Al volverse, vio que la familia entera la estudiaba. Aflojó las manos y echó un vistazo al patio en el preciso instante en que lady Leclair alzaba la mirada; sus ojos se encontraron y la caballera saludó con una cabezada apenas perceptible e instó a su corcel a continuar.

«¡Dios, todo esto otra vez no!», se dijo Gwen mientras volvía a sentarse, colorada como un tomate.